

SUIZA, ¿EN DECADENCIA POR EL INTERVENCIONISMO ESTATAL?

Marcela Correa

Quizás el país más democrático y uno de los más ricos del mundo esté en peligro de enfrentar la decadencia económica, por exceso en la aplicación del principio del consenso político y por la intransigencia en el mantenimiento de un Estado bienestarista.

Probablemente el tránsito hacia una economía de mercado libre dentro de un estado socialmente responsable, constituya la única vía alterna al continuo agotamiento de los activos patrimoniales de la Confederación Helvética.

* * *

CUANDO SOBREVIENTEN LAS CRISIS políticas, económicas y sociales más importantes en el mundo, lo que ha ocurrido en los últimos tiempos cada 50 o 60 años de manera cíclica, los países comienzan a replantear el papel que debe desempeñar el Estado en la economía y en la sociedad. Así fue en 1870 y después en 1930. Y más recientemente, cuando al finalizar el auge del periodo entre el fin de la Segunda Guerra y 1973 —año este en que estalló la crisis del petróleo— los países occidentales industrializados se han visto abocados, entre otros males, al desempleo, al vertical descenso de la inversión y a las débiles tasas de crecimiento económico.

Desde entonces se encuentran ante la disyuntiva de seguir adhiriendo a las políticas de participación creciente del Estado en la economía, o bien, de volver a la economía de mercado libre en vigor hasta la gran depresión de los años 30. Solo los Estados Unidos, bajo la administración Reagan, y Gran Bretaña, bajo la administración Thatcher, han optado radicalmente por la última de estas líneas de conducta. Otros países, como España, morigeran las intervenciones estatales iniciales del experimento socialista, o como Francia, en donde además de similares rectificaciones del gobierno de Mitterrand, el principal partido de oposición anuncia sin ambages su firme propósito de imponer la dirección neoliberal al tomar el relevo del poder. Los menos, no han dado aún señales de cambio, a pesar de la crisis actual. Este es el caso de Suiza.

A este último país le ha sucedido lo que le puede ocurrir a cualquier nación que aspire a que sus decisiones políticas obtengan, algo que va mucho

más allá del apoyo mayoritario, y que es el consenso total para sus decisiones políticas.

Después de una historia suiza de un siglo durante el cual se introdujeron primero, los plebiscitos, para darle poder a las minorías políticas, luego la iniciativa popular, que inició el tránsito hacia la democracia directa, única en el mundo actual; más tarde la representación proporcional, que permite a todas las tendencias tener una representación en el parlamento; y por último, el tratado de paz entre patronos y trabajadores, considerado como ejemplar, se llegó finalmente en 1959 a la fórmula mágica de la representación paritaria, ante el Consejo Federal, de casi todos los partidos, excluidos los de extrema izquierda y extrema derecha. Este fue el principio de la democracia de consenso que ha cumplido ya 25 años. Desde entonces Suiza aspira políticamente, no ya a la mayoría, sino a la unanimidad.

De otra parte, en tiempos de crisis, el comportamiento suizo ha sido tradicionalmente defensivo. Así, ante la crisis de 1870, surgió el intervencionismo estatal, con medidas protectoras para las amenazadas industrias. Lo mismo ocurrió durante la Primera Guerra y en la depresión de los años 30. Este mismo comportamiento defensivo consolidó definitivamente la unión de todos los estamentos y rangos suizos ante las amenazas nazis y fascistas, y durante la Segunda Guerra Mundial.

Después de haber emergido intacta de este último conflicto bélico se inició en Suiza un vertiginoso florecimiento económico, particularmente debido a la atracción de capitales extranjeros, que la llevó, ya hacia 1960, a ser una nación rica.

Sin embargo en los últimos lustros el gran error suizo ha consistido en la persistencia de las políticas intervencionistas, aún después de la crisis de 1973. Y es por este error que ve ahora, esta gran nación, su futuro económico hipotecado.

A pesar de la reputación y la ilusión del estado federal, Suiza se ha convertido paulatinamente, para todos los efectos, en un estado centralista en el que a los cantones no les queda prácticamente ninguna función autónoma importante. La propiedad individual privada inmobiliaria es virtualmente inexistente: Suiza es un país de arrendatarios. Las ventajas de dejarle al sector privado la solución de los problemas económicos mediante la libre empresa, han sido reemplazadas por una dramática expansión del gasto público necesaria para financiar las numerosas actividades estatales en el campo de la economía. Suiza es hoy un estado empresario y paternalista. Como consecuencia necesaria, las cargas tributarias son ahora asfixiantes, particularmente por el gigantesco aumento de los impuestos directos. Suiza, en suma, ha dejado de ser un estado socialmente responsable, proveedor de seguridad para todos, para aceptar el yugo del estado bienestarista. Los suizos mismos han adoptado la mentalidad correspondiente a este Estado y esperan, de brazos cruzados, a que sea éste el que resuelva todos sus problemas sociales y económicos.

A partir de 1973 no se han efectuado cambios estructurales, a pesar de la crisis coyuntural que los exigía. Se ha continuado con la vieja política bienestarista, han crecido las ya abrumadoras cargas tributarias y los pagos al

Seguro Social, y se ha expandido la burocracia. La libertad de acción de la empresa privada se ha restringido en todos los sentidos, al paso que los costos laborales han aumentado sin cesar. Esto ha causado una disminución de las utilidades de las empresas que ya no pueden autofinanciarse. Todo ello ha provocado una virtual parálisis de la producción. Como corolario ha sobrevenido la erosión de las reservas de las cuales vive Suiza desde 1973. Esto es aún a uno más grave si se tiene en cuenta que este país no está en la posición privilegiada de otros estados benefactores que poseen materias primas y recursos energéticos. Ciertamente es que Suiza tiene activos en reservas, superiores a los de la mayoría de los países. Pero si se produce el agotamiento de la industria, si se acaban los incentivos para la producción y la responsabilidad individual, no podrá vivir de sus activos patrimoniales por mucho tiempo.

El hecho de que la decadente situación de la economía suiza no sea visible al observador desprevenido se debe a varios factores, entre ellos, a la fortaleza del dólar, y aún más notorio para los ciudadanos, el de la baja tasa de desempleo, alentadora sí, pero que en realidad no es en sí misma un indicador muy exacto, puesto que el sector privado reduce cada día más empleos.

En el caso suizo no cabe duda de que la responsabilidad de que se haya mantenido el decadente Estado bienestarista, recae en la permanencia y el abuso del principio de la democracia de consenso, cuyo elevado costo no puede esa nación seguir soportando indefinidamente. No es posible complacer a la vez a tantos grupos lingüísticos, culturales, regionales, económicos y sociales sin que se produzca al propio tiempo, una revitalización fundamental de la economía.

Sin embargo, para hacer posible esta revitalización, es indispensable renovar e incentivar a las empresas dentro de una economía de mercado de libre competencia. Es a esto precisamente a lo que se opone el consenso político, fruto de la mentalidad de estado bienestarista de los suizos; ya que, paradójicamente, quienes propugnan por una aun mayor intervención del Estado en la economía creen equivocadamente que con ello se salvaría la paz social y la estabilidad política. A pesar de que la única solución posible a la actual crisis sería la transformación hacia un estado socialmente responsable, de economía de mercado, los suizos siguen hoy en el convencimiento de que el consenso político es el precio de la armonía. Es un precio muy alto y la cuestión es esta: ¿hasta dónde hay que pagarlo?

Versión libre del artículo ¿Está Suiza en una encrucijada? del profesor Walter Wittman, de la Universidad de Fribourg, Suiza.